



MUSEO DE LA VIVENCIA RELIGIOSA DEL NORTE GRANDE

La Tirana - Iquique, Chile

www.museovivenciareligiosa.cl



“Nuestra memoria anda en fiesta”

CELEBRAR CON FE, MEMORIA E IDENTIDAD

Análisis y comentarios para un proceso de reflexión y discernimiento en torno a la identidad, la fiesta religiosa y el sentido.

Equipo de gestión

Mayo, 2016

**“NUESTRA MEMORIA ANDA EN FIESTA”
CELEBRAR CON FE, MEMORIA E IDENTIDAD**

***Análisis y comentarios para un proceso de reflexión y discernimiento en torno a la
identidad, la fiesta religiosa y el sentido.***

*Equipo de gestión
Museo de la vivencia religiosa del Norte Grande
Santuario del Carmen de La Tirana, Chile*

En el pueblo latinoamericano el sentido de la fiesta lo tenemos como una característica muy distintiva. Por ello que al intentar definir la idiosincrasia del hombre y la mujer de estas tierras, la fiesta es una realidad que debe estar absolutamente presente. Y la fiesta está unida a razones.

Los motivos de la fiesta son la causa que la originan y le otorgan su hondo sentido. La dimensión religiosa no está exenta de esta realidad, por el contrario, la mayor parte de las celebraciones del continente poseen motivos religiosos. El Norte Grande se inscribe en esta experiencia, donde sus formas de fiesta están marcada por las raíces de una amplia cultura andina como un sustrato esencial y con un importante sustrato religioso.

El presente trabajo es una reflexión en torno al sentido de la fiesta como una forma de recreación de la identidad. Se quiere dar una mirada a las razones de la celebración que se encuentran en la memoria como una experiencia de vivencia, que es inseparablemente personal y comunitaria a la vez.

La fe se vive como una “vivencia” marcada que actualiza una memoria que es significativa y repleta de sentido las costumbres, las hace presentes y conscientes constituyendo el rito festivo una auténtica fuente de identidad.

Las reflexiones giran en torno a estos planteamientos. Se trata de introducirnos en el análisis del sentido de la fiesta con el fin de discernir, a partir de este proceso reflexivo, los caminos por los cuáles acompañar las fiestas en el proceso y ritmo propio de un pueblo que celebra. Un acompañamiento pastoral debe no sólo valorar, sino que requiere comprender desde el interior lo que la fiesta significa para una comunidad. Acompañar la fiesta no es ser un espectador neutro ni tampoco un manipulador; sino una presencia y compañía que ilumina, anima y contribuye al discernimiento de los mismos actores de la fiesta, especialmente en estos tiempos de grandes cambios culturales.

Conciencia, memoria e identidad

Ninguna expresión o conocimiento humano sería posible si no tuviéramos a la base de toda nuestra existencia una **conciencia**, es decir la noción de nosotros mismos, la que hace posible conocer, decidir, crear, dialogar, creer. Esta conciencia es lo que conocemos como la integralidad de nuestro yo. En nosotros se va desarrollando como un proceso de creciente autonomía. Por ello se comprende que ser conscientes, es ser nosotros mismos. El funcionamiento de esta conciencia se sostiene sobre una estructura nerviosa, el sistema nervioso central, que implica el cerebro.

Pero para que tengamos conciencia también se requiere de un elemento muy importante: la **memoria**. Comprendemos por ello, el conjunto de situaciones, unidas a sentimientos y emociones, que se van guardando a modo de un registro, contribuyendo para que la persona sea quien es, y no otra, distinguiéndose de otros, y establezca sus propias miradas del mundo.

Sin la memoria, la conciencia no podría constituir una acción humana porque no tendría ni recuerdo para saber quién es, ni elementos suficientes para ser de una forma y no de otra. La conciencia adquiere identidad en la medida que está viva su memoria. La unidad viva de memoria y conciencia generan la identidad.

Podemos comprender entonces la **identidad** como la conciencia actual y permanente que tenemos de nosotros mismos. Es el producto de una conciencia que está actuando junto a su memoria, es decir: el yo que está viviendo en sus convicciones, problemáticas, sentimientos y creencias.

La identidad para constituir una realidad presente y fuerte requiere de la memoria, esto es de los hechos vividos, y de lo que ellos han significado para la persona. Esto genera esa experiencia de ser “yo” y no ser “otro”.

Esta identidad que es personal, también es necesariamente comunitaria. Los acontecimientos, los lugares comunes, las situaciones vividas con otros, generan los vínculos de “una historia común”, y con ello de una forma de ser de muchos de manera similar, es decir, con una misma identidad. Esto suscita los lazos de unidad y de identificación como un grupo humano con elementos comunes. Así se construyen las familias, los pueblos, las naciones. Y estos lazos son tan fuertes, que se puede incluso llegar a dar la vida por lo que es común: la patria, la familia, porque los “otros” son también prolongación de mi yo, es decir de la persona. La identidad no es una cosa sólo personal, es también esencialmente comunitaria. Sólo con la comunidad, en el recuerdo común, se recrea y fortalece la memoria de quienes somos.

La construcción de la memoria nortina

En base a la estructuración de la identidad, podemos hacernos una pregunta: *¿Cuál es la memoria de identidad del pueblo nortino?*

Tenemos una memoria como pueblo, es decir, como habitantes de estas tierras en un período bastante largo, donde los diversos períodos de su historia han dejado sus huellas. Nuestra memoria común es el resultado de muchas marcas o huellas que nos tocaron profundamente; dejando en nosotros una conciencia común que nos da identidad.

Esto es parecido a la historia de una familia. Coloquemos de ejemplo una familia de apellido González Miranda. Constituida a partir de una relación de pareja, los hijos, con los años recuerdan la historia de la familia a través de dos formas: la primera, por lo que otros han contado: los padres, abuelos, amigos, etc. La segunda, a partir de su propia memoria como partícipes directos o indirectos de los acontecimientos familiares. La totalidad de estos recuerdos es la que les otorga una imagen o identidad propia, haciendo que la Familia González Miranda no sea Pérez Vilca.

Lo mismo ocurre con las personas de un territorio geográfico común: hay una serie de situaciones que han vivido juntos, sequías, problemas bélicos, políticos, terremotos, etc. Algunos vividos por la propia generación y otros por generaciones previas. Todo esto hace que tengan una historia en común, convirtiéndose en hechos o situaciones que los vinculan.

Ahora, tanto la familia como el pueblo, no recuerdan la totalidad de los hechos vividos, ya que siguiendo el mismo dinamismo de la memoria, con el transcurso del tiempo van quedando los más significativos para la comunidad, generando un “recuerdo común”. Se constituye así una memoria comunitaria, la que se transmite esencialmente por los relatos orales. Esta memoria consciente comunitaria constituye su identidad.

Cuando nos asomamos a mirar la identidad del Norte Grande, observamos que esta se ha ido construyendo sobre un legado de generaciones que abarca algunos miles de años, desde los primeros habitantes en la región hasta las décadas más recientes. Así los hechos de mayor significación que contribuyen a la conformación de la memoria nortina provienen:

- Del período pre hispánico
- De la conquista
- De los procesos de evangelización
- Del período colonial
- Del período republicano peruano
- Del conflicto de la guerra del Pacífico
- Del cambio de hegemonía nacional y administración sobre este territorio
- De los períodos de “acostumbramiento” a una nueva autoridad y bandera
- De los períodos de desarrollo económico y sus crisis,
- De los tiempos actuales y del desarrollo moderno
- Del crecimiento poblacional
- De la presencia de migrantes nacionales y extranjeros de forma permanente en la realidad social del Norte.

Todo esto ha generado huellas en la memoria común. Es importante señalar que las marcas prehispánicas fueron tan profundas, que marcaron la identidad con una raíz permanente y honda, que nunca desapareció con el transcurso del tiempo y que actualmente de manera genérica denominamos como “raíz andina”.

La huella de lo religioso en la identidad nortina

Pero además todas estas huellas, están acompañadas de formas de creencia en lo sobrenatural o divino, tanto en el período prehispánico como en el período de fe cristiana que se inició con la llegada de los españoles. Sabemos que todas las experiencias de creer fueron generando sistemas religiosos que contienen formas rituales, costumbres, tradiciones, que también generaron una identidad religiosa propia. De esta forma, la fe cristiana, que se desarrolló en toda esta tierra de raíces andinas, se fue viviendo como una experiencia nueva, a momentos difícil de comprender y aceptar, pero al ir siendo acogida y vivida como una nueva experiencia de fe, no renunció a sus más profundas raíces andinas, de tal forma que, tanto en estas tierras nortinas, como en toda la zona andina (Perú, Bolivia, norte de Argentina) se desarrolló una fe cristiana pero que se expresó y guardó muchas de sus marcas andinas. Esto generó lo que llamamos el “catolicismo mestizo”, tanto en estas zonas como en diversas otras partes del continente latinoamericano, continúa muy vivo y presente en la actualidad.

También podemos observar por el aporte del estudio histórico y la historia oral que la vivencia y expresión religiosa del Norte Grande está marcada por los elementos de la situación cultural y política vivida en el territorio. Un ejemplo es la huella de la guerra y la nueva administración chilena, que han influido en las formas de expresión religiosa nortina. Lo que hoy es muy común para nosotros: himno nacional, marchas militares, bandera chilena, etc., antes no lo fueron. Los diferentes actores sociales, son también creyentes y van aportando desde su propia vivencia, generándose así los cambios y formas religiosas que actualmente vemos como totalmente patrimoniales.

Estas formas de expresión religiosa se van guardando como un patrimonio que va madurando en una nueva síntesis de un sistema religioso que es cristiano católico mestizo. Podemos agregar una nueva pregunta: *¿Quiénes guardan estas formas de expresión?*

La dinámica ritual comunitaria no se guarda en una biblioteca, en un museo o en el esquema de la jerarquía eclesiástica. Se almacena en la memoria del pueblo y la personal, pues la primera no podría existir sin la segunda. Esta memoria se va conteniendo en cada uno de los hijos e hijas que han ido habitado estas tierras; y de cuantos sin nacer en ella se fueron integrando y haciendo suyo este patrimonio. Podemos ver cómo son muchos los que han ido contribuyendo a la construcción de esta memoria que va decantando en una experiencia o vivencia común. Podemos encontrar en este patrimonio religioso nortino el aporte de:

- Los nativos originarios de los diversos sectores con influencia quechua y de los coyas (aimaras) S. X-XVI
- Los españoles. A partir del siglo XVI
- los negros esclavos que llegaron a la zona especialmente en el siglo XVII y XVIII.
- La población indígena, criolla y mestiza del siglo XIX

- Los chinos. Llegados durante el período republicano peruano. Siglo XIX
- Los bolivianos. Llegados en el período salitrero. S. XIX
- Los europeos que migraron en el siglo XIX y comienzos del Siglo XX
- Los chilenos que llegaron en el siglo XIX
- Los chilenos que migraron de otras zonas de Chile en el Siglo XX,
- Los migrantes peruanos desde la década del noventa. Siglo XX

Tanto la identidad religiosa como cultural, se construye así, como el resultado de muchas “huellas” que marcan la memoria, que es el fruto y aporte de muchos. Ninguna cultura es cerrada en sí misma, todas van recibiendo las influencias y aportes de otras. De esta forma la cultura es siempre abierta y dinámica, Pero todas las influencias o siempre contribuyen al desarrollo de una cultura. Hay algunas que incluso la pueden destruir.

Por ello que resulta importante la conciencia activa o actual de la memoria, que es la identidad. Sólo con una identidad muy clara, el proceso de influencias de otras culturas podrá ser asumido y poder tener las herramientas necesarias para distinguir lo que es un aporte de lo que no lo es.

Rito y fiesta religiosa con sentido

Actualmente, la realidad de la globalización nos lleva a tener cada vez más procesos de intercambios culturales activos. Los medios de comunicación social, los transportes, las diversas formas de intercambio digital, están haciendo que ninguna cultura en el planeta vaya quedando lo suficientemente aislada como para quedar fuera de estas influencias. Las que aún no están, es cosa de tiempo para que lo estén. Esto está generando lo que se ha denominado “multiculturalidad”, es decir, muchas culturas conviviendo en un mismo lugar geográfico e influyéndose mutuamente de diversas formas y proporciones. El producto de estas influencias necesariamente afecta la identidad originaria de un lugar. Esto no es nuevo: la historia del mismo continente da cuenta de esta situación. Lo nuevo es la velocidad con la que ocurre y que no permite la suficiente madurez y decantación de las influencias para procesos de discernimiento de la comunidad.

Ejemplo de lo anterior hay muchos. Como muestra podemos indicar la situación de la multiplicidad de música que se incorpora a través de las bandas musicales a la danza de los Bailes Religiosos, mucha de ella con ritmos y formas que son muy lejanas al espíritu, estilo e historia de la tradición de los Bailes Religiosos. Esto ocurre con mucha rapidez de una fiesta a otra, que no hay tiempo para discernir por parte de los responsables, sino porque tampoco hay tiempo para que esto decante en la conciencia comunitaria, pues apenas logra decantar como cuestionamiento sólo en algunos; además que el mismo proceso y afección está ocurriendo a nivel personal, donde es posible notar que somos un conjunto de varios elementos culturales de raíces diversas, donde según las circunstancias predominan unos más que otros, y donde el sustrato originario va quedando muchas veces oculto.

Se hace necesario fortalecer el proceso de configuración de la identidad por parte de la conciencia personal y comunitaria establecida sobre una viva memoria de quienes somos.

El fortalecimiento consiste, no sólo en la repetición mecánica de los ritos y costumbres, sino de la necesidad de acompañarlos de *sentido*, que es lo que reclama la conciencia. Usemos un ejemplo: uno puede hacer una comida festiva, con muchos invitados, pero si no se conoce la razón quedará en la memoria como una fiesta y nada más. No actualizará ni fortalecerá nada. En cambio, si durante la misma fiesta se hace un brindis por la memoria de doña María, que falleció hace 10 años, y se toca la canción que más le gustaba, todos podrán hacer recuerdos, memoria de lo que vivieron juntos. Se mezclarán enseñanzas con anécdotas. Se rememorarán momentos intensos de su vida; y lo que un recuerdo personal, cargado de emociones, se hará común, con sentimientos compartidos; y dará pie para “actualizar” la memoria de doña María, no sólo como un dato histórico, sino como una “vivencia”. En esa memoria significativa, los niños más pequeños, que no la conocieron, no sólo van a recrear un dato histórico de la familia, sino que establecerán por la misma vivencia una particular forma de contacto con ella; que influirá en la cohesión y unidad familiar, que fue el gran deseo de doña María.

Por ello es fundamental, no sólo recordar en la racionalidad de la inteligencia la memoria de un hecho, sino que se hace necesario para que este recuerdo sea significativo que intervengan también otras dimensiones de lo humano: sentimientos, lenguaje, símbolos; si queremos que quede guardado profundamente en la memoria y sea significativo. Y esta es la razón porque buscamos celebrar, porque la fiesta o celebración implica todos estos aspectos.

Celebrar es una forma de hacer memoria de lo vivido, para que lo vivido sea, no sólo sea un hecho en la línea del tiempo, sino que una vivencia que tiene repercusiones en el presente. La memoria celebrada se hace viva, es decir, actual y dinámica. La familia, la persona, el pueblo que no recuerda de esta forma, se enfría, se tulle y se muere en una identidad que será como una placa de mármol corroída por el tiempo en un cementerio abandonado.

Celebrar la memoria de la identidad religiosa es una forma muy concreta de fortalecer la vivencia de una experiencia religiosa cuyo fondo es la fe.

La experiencia religiosa del Norte Grande se vive en base a una memoria que tiene su principal recuerdo y significación durante la fiesta. La fiesta es el tiempo para recordar, para recrear, para volver a experimentar y actualizar la profunda vivencia de lo que esto significa para nuestra identidad. Sin esta *memoria en fiesta*, la fe hace mucho tiempo que se hubiera debilitado, o al menos diluido en este territorio.

La fiesta es la ocasión para volver a recordar quienes somos, lo que anhelamos, lo que queremos seguir siendo. La fiesta reúne en la memoria: sentimientos, recuerdos, ideas, objetivos, personas e historias. Todo esto hace que la conciencia se vea actualizada en su identidad, pero una identidad que no actúa como una concepción teórica, dogmática, ni siquiera como herencia social; sino como una realidad que está grabada a fuego en la totalidad de la persona como una experiencia psicoafectiva, simbólico-racional y comunitaria que llamamos “*vivencia*”; y que para que se constituya así, nada de lo anteriormente enumerado pueda faltar.

Entonces ¿Por qué celebrar? Con lo anteriormente expuesto, intentamos mostrar lo importante que resulta la fiesta para la constitución de una memoria significativa que permita la conciencia de la identidad. Por ello, el cuidado de la fiesta es una protección no sólo del rito, sino en último término de la memoria, y con ello de la identidad. Por tanto, no da lo mismo cualquier cambio en la tradición de la fiesta, pues todo en ella influye para la constitución de una conciencia viva en su identidad.

La fiesta, en sus diversas formas de celebración contribuye a que la identidad de la conciencia se mantenga sólida, firme y creativa, generando una vinculación de la persona al grupo social, contribuyendo a sostener los lazos de cohesión social. Es necesario celebrar con sentido para que nuestra identidad sea fuerte, y cohesionadora de vínculos.

Las situaciones del stress laboral, las necesidades sociales no satisfechas, las frustraciones generacionales, etc., generan diversas formas de evasión social. La droga, el alcohol, son dos formas muy usadas. Estas realidades encuentran en la fiesta un espacio para su ejecución que deja el ámbito privado para ser social. Pero ¿qué efectos generan en la fiesta?

Se hace necesario distinguir entre la identidad de la fiesta y los elementos que forman de su constitución. Si bien el uso de sustancias alucinógenas y los brebajes alcohólicos se encuentran en la experiencia religiosa prehispánica, nunca tuvieron la connotación de un fenómeno de evasión. Nos referimos al uso actual del alcohol y la droga como evasión. Esta es la razón más importante de su uso, y que requiere de fiestas sin sentido para su ejecución. En realidad, no hay acciones humanas sin sentido. El sentido puede ser constructivo o destructivo, significativo o insignificante.

La fiesta del “carrete” normalmente no tiene otro fin que ser un espacio de diversión, donde la evasión encuentra espacios. Esta forma celebrativa carece de un sentido significativo que contribuya a la conciencia de la identidad. No hay razones de sentido constructivo que la puedan grabarla en la memoria, sino que a lo más puede quedar asociada en la memoria a algún hecho lamentable, y algunos pocos positivos. La fiesta del carrete ocurre y pasa sin mayor gloria, caracterizándose por una expresión “caótica”, sin un orden y ajena a la valoración de la tradición y la costumbre. A diferencia de una fiesta con sentido significativo, donde se requiere de la presencia y la causa del sentido, para actualizar las formas de vínculo y cohesión.

La búsqueda de la evasión, que se comprende por las diversas situaciones de la complejidad social que la crean, y que actualmente nos afecta de diversas formas a una gran mayoría, genera el cuestionamiento de cómo puede llegar a afectar la dinámica ritual de la fiesta significativa. Hoy es posible apreciar esta situación en diversas fiestas religiosas donde la presencia del alcohol y la droga, contribuyen a situaciones de desorden que muchas veces llegan a alterar no sólo el ambiente religioso de la misma, sino que también su orden ritual.

Una fiesta religiosa está movida por un sentido religioso y vinculante. Por ejemplo: la fiesta de la Peñas en Arica, Ayquina en Calama, la Tirana y Tarapacá, poseen sentidos muy claros en la población. Estas fiestas asociadas a un lugar, exigen desplazamiento, gastos económicos, esfuerzos, incomodidades, etc. Sin embargo, a pesar de todo ello, es necesario hacerlo porque en esa realización se juega mantener vivo el sentido de una identidad, y como

ya hemos dicho, requiere de totalidad, no sólo abarcar la dimensión racional, sino que los sentidos y afectos, que graban la experiencia como una memoria que es una vivencia propia, personal y que se refuerza con la presencia de los otros. Una memoria que cuenta a otros lo vivido, no como un relato insípido sino vital.

El sentido de la fiesta religiosa

Aunque a veces pareciera que no, también la fiesta religiosa corre el riesgo de desvirtuar su sentido. Para comprender esta situación conviene hacer una pregunta: *¿cuál es el sentido del sentido que se encuentra en una fiesta religiosa?*

A modo de un ejemplo para comprender el sentido de la fiesta religiosa, miremos uno de los pueblos del interior tarapaqueño y el modo de realizar una de sus fiestas, ubicándonos en la década de los cincuenta al sesenta. Aquí tenemos al pueblo de Chiapa y la celebración de la fiesta de la Santa Cruz de Mayo. Podemos observar que hay un claro ritual, que combina formas religiosas y sociales. Están los ritos religiosos y los ritos del parabién y la plaza. Estos últimos implican baile, comidas, música y alcohol, lo que normalmente llaman la “parte social”. Y aunque, existía la crítica a los excesos, la situación de relativo aislamiento de los centros urbanos, contribuía a que la conservación de la “costumbre” fuera más fácil, y, por tanto, muy posible de detectar cambios importantes que pudieran introducirse. Esta experiencia de fiesta religiosa común a muchos de los pueblos andinos, se estructuró sobre una sólida base de un sentido festivo; es decir de razones de por qué celebrar, logrando muchos pueblos mantener en varias de sus fiestas aún intacto, o muy poco modificados este sentido. Sin duda que el sentido religioso en las fiestas de los pueblos andinos ha sido muy claro, pero *¿en qué consiste este sentido religioso?*

El sentido religioso constituye una razón básica para hacer fiesta, y al introducirnos en ella podemos observar que existe un sentido triple: hay tres objetivos que se buscan con la celebración. Los podemos enumerar así:

1. Renovación del vínculo sagrado
2. Renovación de la ritualidad comunitaria
3. Cohesión de los vínculos comunitarios

Por la **renovación del vínculo sagrado** se comprende la motivación y necesidad de vincularse a la persona sagrada: Dios, Jesucristo, la Virgen, los santos y los protectores naturales como la Pachamama y los cerros o lugares sagrados. Celebrar permite primariamente refundar la fe, haciendo que ilumine con sentido sobrenatural toda la vida. Desde un principio de fe, la renovación del vínculo sagrado es absolutamente necesaria. Es un vínculo que no es jurídico, es decir, va mucho más allá de una obligación. Surge de un “querer” porque en la experiencia de la fe están involucrados totalmente los afectos. Son los afectos y emociones que impulsan a la razón a ser fuerte, a seguir esperando y confiando, a partir de una dimensión sobrenatural.

Por eso, esta renovación del vínculo con lo sagrado no ocurre exclusivamente como una formulación de la razón, que requiere de desarrollos lógicos. No sería suficiente. Se necesita de la música y el canto, de los movimientos, los adornos, etc. que despiertan los sentidos y graban en la memoria con intensidad el sentido, renovando así el vínculo sagrado.

De esta forma y por esta causa el sentido religioso es un “meta sentido”: está más allá de la razón y los argumentos racionales. El argumento racional puede decir, por ejemplo, no hagamos esta procesión con tanto esfuerzo, no es necesario que sea así, acortémosla. El sentido profundo grabado con el afecto no lo mira así. Todo vale la pena para que se realice bien la procesión. Puede muy lógico el planteamiento, pero la oposición a esa medida no vendrá de la lógica sino de un argumento más bien afectivo, que se sostiene sobre la base de la tradición y la costumbre.

La **renovación de la ritualidad**, aunque muchas veces nos da la impresión que tiene un valor en sí mismo, lo cierto que puede observarse más hondamente que en realidad posee una valoración relativa a mantener encendido el vínculo sagrado y comunitario. La preocupación por el cuidado del ritual, tanto en su orden como en sus formas, finalmente es una forma de mantener vínculos. El ritual tiene su mayor sentido en eso. Sí se hace bien, se “cumple” y cumpliendo con la divinidad, también se cumple con la comunidad. El tradicional “hemos cumplido” guarda esta mirada, lo que asegura que los vínculos continuarán porque son necesarios para la existencia y la identidad como persona y pueblo.

La renovación de la ritualidad se hace dentro del marco de la tradición y la costumbre, que no siempre guardan en grupos comunitarios de una adecuada comprensión. Con todo, el cumplimiento de la tradición de alguna forma asegura que tanto el vínculo sagrado como el comunitario continúen permaneciendo. En este sentido, la fragilidad de la transmisión de la costumbre de una generación a otra, tal como es posible apreciar en muchas comunidades andinas nortinas, ocurrido en la década de los ochenta y noventa por el fuerte impulso del pentecostalismo, ha contribuido que la ritualidad se vuelva en muchas fiestas muy frágil. A lo anterior debemos sumarle la multiculturalidad existente. Esto hace que las nuevas generaciones que vuelven a interesarse, realizan la renovación ritual en la medida de lo que pueden y recuerdan, generando una fragilidad en el sentido religioso importante, que hace que los elementos de evasión cultural encuentren en muchas fiestas religiosas espacios que llegan a transformar el festejo religioso en excesos. Otro factor que puede observarse que también está contribuyendo a una fragilidad en la renovación del rito es la corriente de un indigenismo, con matices más tenues, pero que contribuyen a deslavar la dimensión de una fe católica mestiza explícita como había venido ocurriendo.

La **cohesión de los vínculos comunitarios** constituye otro elemento que se guarda en el sentido religioso de la fiesta. En la realidad del mundo andino, en cuya matriz se construye la memoria del Norte Grande, la persona no se comprende como un ser “individual” sino ante todo comunitario. Sólo en la relación comunitaria se puede sobrevivir. Y esto constituye un valor tan importante que queda logrado y resguardado en el sentido religioso. Esta unidad de lo sagrado y lo humano es muy propia de las culturas ancestrales, a diferencia de las formas culturales modernas que tienden a la separación del ámbito social y el privado, donde, en éste último se considera que debe ubicarse exclusivamente lo religioso. Entonces, en la

experiencia religiosa festiva ocurre la cohesión comunitaria. La fiesta sigue contribuyendo en la actualidad a que la persona, con una notoria marca de individualidad, sea más proclive a reforzar los vínculos existentes y establecer los nuevos.

Es interesante buscar las razones por que la fiesta puede contribuir al establecimiento de estos vínculos. La celebración ante todo nos iguala. Los bienes materiales, los estratos y funciones sociales, quedan allanados ante la experiencia de la persona sagrada festejada. Sólo existe una persona importante en todo sentido: de jerarquía, poder, condición; y esa es Dios y sus representantes sagrados, en un orden de carácter divino. Todo queda bajo esta superioridad, y aunque si bien persisten las diferencias sociales, el orden divino fuertemente experimentado en la fiesta, allana igualando a todos los asistentes. Esto permite que pueda construirse ese vínculo más primordial de identidad comunitaria. Se hace posible el reconocer todos en una misma historia y como habitantes de un mismo territorio. En la fiesta el pobre y el rico tienen las mismas posibilidades esenciales ante la divinidad y pueden sentarse en la misma condición en el convite.

La generación de una vinculación común tiene tal potencia por la fiesta, que es posible la pertenencia por la participación y no sólo por el vínculo sanguíneo. Así, la persona que no pertenece por nacimiento al territorio, puede ser admitido en la identidad territorial y ser parte activa de ella, porque el vínculo está en ser parte de la misma fuente de identidad, la fiesta, vivida en la costumbre, reconociéndose como “hermanos” o “iguales” en ella, aunque hoy para muchos, sea más creciente reconocer así, sólo en ella.

Este triple aspecto del sentido religioso, genera un dinamismo vital por el cual la fiesta es una realidad absolutamente necesaria para la vida y sobrevivencia de la comunidad.

La fiesta religiosa se constituye en una enorme fuente de sentido para la comunidad, y por tanto como tal, permite que la memoria guarde con significación lo vivido para hacer que la conciencia la experimente como elemento necesario para su identidad. En este mismo sentido, la fragilidad de la fiesta, es decir en la realización de sus costumbres, contribuye al deterioro de la identidad comunitaria. Este es un aspecto es muy importante a considerar en los procesos festivos actuales, pues los cambios culturales vertiginosos están impactando las más diversas realidades incluyendo a las más fuertes y masivas.

La conciencia del sentido como el mejor cuidado de la identidad

La identidad constituye el alma de toda cultura y es la esencia de toda comunidad y persona. La fe como vivencia y sistema religioso a la vez, no está exento de esta realidad, y forma un elemento primario para la formulación de la identidad del pueblo latinoamericano. El Norte Grande, integrante del patrimonio identitario andino, contiene en su identidad esta clave y huella indeleble.

En el proceso de la conformación de la memoria del pueblo nortino, la experiencia religiosa ha contribuido a grabar significativamente dicha vivencia como un dato sustancial para la conciencia de la identidad. Pero esto no hubiera sido posible en el transcurso del tiempo si la experiencia o vivencia religiosa no hubiera estado firme en sus sentidos.

La vivencia religiosa se logró constituir en un pilar de contribución esencial para la identidad nortina gracias a su triple fuente de sentido, donde su fundamento vital, la vinculación sagrada, busca y estructura a través de dos ramales de la misma fuente, la renovación de la ritualidad y la cohesión comunitaria, entregar un sentido vigoroso que imprime en la memoria una experiencia que se vuelve significativa en el yo. Y es en la fiesta donde el sentido religioso se experimenta como vivencia de totalidad, abarcando los sentidos, la razón y el universo simbólico. Esto permite un fruto notable: *una conciencia con un hondo conocimiento de sí misma, y vitalmente actual*. No es una conciencia de lo que fue, sino de lo que es. Esta es la experiencia de una comunidad, que, recibiendo el patrimonio de la identidad, por el ejercicio repetido de su tradición, logra hacer propio y de algún modo nueva, y totalmente actual la identidad comunitaria heredada de los antiguos.

Del análisis realizado en este trabajo podemos desprender la importancia que posee que el sentido de la vivencia, en este caso la religiosa, la cual ha mostrado en el tiempo ser fuerte, nítida y una propiedad de la comunidad.

La claridad del sentido fortalece la fiesta constituyéndola auténticamente en una vivencia religiosa, que como tal marca significativamente la memoria, y con ello la identidad de la conciencia. Por tanto, un sentido opacado o turbio contribuirá precisamente a lo contrario.

Como hemos expresado anteriormente, la situación de multiculturalidad en la que progresivamente estamos viviendo, genera una influencia con muchos aspectos positivos. La comunicación, el conocimiento de la identidad del otro, la contribución a satisfacer necesidades básicas, el ejercicio de la tolerancia y la inclusión entre otros aspectos, son elementos muy positivos y favorables en el proceso de globalización. Sin embargo, no podemos dejar de observar situaciones que no actúan positivamente en este proceso de multiculturalidad y globalización. La presencia de elementos anárquicos en diversas formas, el absolutismo del yo (individualismo), el dominio del mercado y el consumo como criterio absoluto y final, el vacío y el “deshecho humano social” que genera el predominio cultural de las políticas económicas mencionadas, entre otros elementos, gestionan una influencia cultural no menos importante, que también en ámbito de la vivencia religiosa y su tradición se ven afectadas.

Se ha dicho en muchas oportunidades que la tradición del patrimonio religioso y cultural latinoamericano, especialmente de la Piedad Popular, constituye un baluarte inexpugnable, es decir indestructible en la identidad del pueblo. Si bien, pudo ser así, los procesos actuales y su vertiginosidad, han hecho que estas voces se moderen, pues hoy podemos decir que no existe una forma cultural y patrimonial que no se vea afectada e influida por los procesos culturales mencionados. Esto se puede comprender en base a la dinámica misma del proceso cultural, que siempre está abierto a la recepción y aporte de otros para la generación permanente de nuevas síntesis, haciendo que la cultura esté vigente y pueda ser heredable como un patrimonio real y vivo a una nueva generación.

La apertura como un elemento característico de la cultura genera una puerta de acceso a otras formas culturales que puede llegar a ser totalmente permeable permitiendo la introducción de elementos que la afectarán nocivamente.

Los pueblos latinoamericanos lograron una nueva síntesis religiosa, que como hemos dicho se ha denominado catolicismo mestizo, y que abarcó unos dos siglos para que pudiera verse como una expresión consolidada, donde diversos procesos de discernimiento fueron desarrollados por la comunidad para generar el patrimonio que en el siglo XVIII lograba un estilo asentado. Una característica compleja de la modernidad y la globalización es la velocidad de los intercambios y cambios culturales. El proceso es tan vertiginoso que no permite que la apertura cultural pueda ser sometida a los criterios de discernimiento del sentido comunitario que evalúa de acuerdo a la conciencia de su identidad. Esto hace que no haya tiempo de sopesar lo que ocurre, y se actúa sobre un constante inmediatez donde la frase “esto lo tenemos que revisar” queda como la formulación de una buena intención y nada más; porque si bien existe la intención, una nueva situación ya instalada, exigirá concentrar allí las fuerzas y no habrá tiempo para pesar en la balanza de la sabiduría popular lo que es conveniente y necesario. La inmediatez termina siendo un agobio cultural.

Por otra parte, no contribuye a la vigilancia de su propia cultura por parte de la conciencia comunitaria la situación de que, muchas influencias de otros tipos culturales, vienen en formas de enorme positividad, pero que internamente y con el paso del tiempo, se ve que no lo eran, como una especie de “caballos de Troya”.

Vemos que muchas cosas se introducen en la tradición de una cultura como elementos que para la mentalidad del momento suenan novedosos y estimulantes especialmente a nivel del esparcimiento, pero que terminan destruyendo la misma alma de la tradición. Aquí podemos encontrar una serie de situaciones a modo de ejemplo: Los elementos evasivos de la cultura de exceso de alcohol y drogadicción, configuran una forma de diversión que se introduce en la fiesta religiosa, y que puede parecer atrayente, pero que contribuye a desestructurar el sentido de la misma. Otro ejemplo interesante lo encontramos en la música. Tanto con las melodías y ritmos que desde hace un tiempo se vienen introduciendo en el esquema tradicional de fiesta y que no contribuyen a la mantención de su sentido religioso porque son formas de una música de moda y simbólicas de otra realidad distinta a lo sagrado y que en su momento de su resulta contradictorio. Hoy para mantener el interés se requiere de estímulos más potentes y novedosos. Una música tradicional cansa, y no resulta atrayente a las nuevas generaciones de danzantes que requieren de este tipo de estímulos y motivaciones. Pertenecen a un esquema multicultural (en algunas cosas funcionan con modo cultural, en otras con otras, conviviendo estos modos en la misma persona). Esto lleva a que se busquen ritmos, melodías, vestimentas e incluso formas coreográficas que “atraigan”. Sin un mayor proceso de juicio crítico, se introducen en la danza religiosa, generando una distorsión en los ritmos y formas tradicionales. En otras palabras, si bien el proceso de transformaciones y desarrollo cultural que es normal, termina siendo vertiginoso y sin tiempo para tomar conciencia que cambios sin reflexión terminan desestructurando el patrimonio.

¿Por qué puede llegar a ocurrir esto en las fiestas religiosas cuyos ambientes comunitarios son creyentes?

La situación del acelerado cambio cultural trae consigo, como hemos dicho, casi un nulo tiempo para decantar y discernir lo conveniente de lo inconveniente. Pero además existe otro

factor importante a considerar: *la pérdida de la nitidez en la conciencia del sentido religioso de la fiesta.*

La pérdida de la nitidez de esta conciencia religiosa implica una opacidad de los sentidos que sostienen el elemento religioso. Podemos observar que esta situación posee una serie de causas que contribuyen a esta pérdida o deformación del sentido religioso. Algunos factores que podemos enumerar:

1. *La pérdida creciente de interés en las nuevas generaciones por la recepción de la transmisión de la herencia religiosa.* Esta transmisión implica responsabilidades que cada vez hay menos deseos de asumir. Se desea la fiesta, pero no lo que ella implica en sacrificios y esfuerzos. Han desaparecido ya algunas generaciones sin encontrar los suficientes herederos de una identidad cuya transmisión es además esencialmente oral y de repetición tradicional.
2. *La influencia de las nuevas formas de pensar en las nuevas generaciones* que contribuyen a concebir el compromiso social - comunitario como una cuestión totalmente secundaria a la dimensión personal y del núcleo familiar. En la estructura tradicional la comunidad es primero que lo individual. Actualmente es al revés.
3. *La falta de un acompañamiento pastoral* que fuera capaz de iluminar oportunamente los procesos de cambio cultural. En general el modo pastoral latinoamericano en torno a la experiencia religiosa popular se ha restringido a una forma de asistencia sacramental sin implicar ningún tipo de proceso. Ha predominado un asistencialismo en la fiesta y no el fortalecimiento del discernimiento de la misma comunidad, generando pueblos creyentes, pero sin capacidad de autocrítica. A lo anterior debe sumarse el “rechazo” de la Iglesia por estas formas de religiosidad durante un período importante (principalmente siglo XIX y parte del XX) que no hizo ningún esfuerzo serio de formas de evangelización sistemática. En la zona andina además se debe sumar la disminución muy importante del clero con el proceso del nacimiento de las repúblicas.
4. *Las influencias culturales ideológicas contrarias a la fe cristiana*, como las corrientes indigenistas, que buscan el desarrollo de la fiesta como expresión sólo cultural en perspectiva patrimonial pero libre del sentido fundante religioso como vinculación a lo sagrado en el sistema cristiano católico. De esta forma se busca que la fiesta religiosa sea un bien costumbrista y nada más. Muchas políticas culturales apuntan en este sentido.

Ante lo anterior, es posible advertir que la nitidez del sentido religioso es vital para la mantención de la fiesta como religiosa. Sólo en la medida que es nítido su sentido contribuye a que la fiesta sea una vivencia que se guarde en la memoria como una experiencia significativa, contribuyendo así a la identidad, tanto en su fortalecimiento, como renovación y proyección.

Cuando la nitidez del sentido religioso va en un proceso de pérdida, es posible advertir algunas consecuencias como una sintomatología que observada el proceso del desarrollo festivo. Las más importantes que podemos observar son:

1. ***Separación en oposición de lo “sagrado” y lo “profano”.*** Conviene aclarar este punto. En la fiesta religiosa tradicional ha existido una distinción de planos, donde se distinguen los momentos rituales de los momentos sociales, pero ambos son totalmente reconocidos en la misma fiesta religiosa. Acá hacemos referencia a una lógica de separación radical (“dia-bolos”) donde se van excluyendo mutuamente. Con el fin de defender lo religioso, algunos van separando radicalmente lo sagrado de lo mundano para que no se contamine. Esta forma de separación contribuye a que lo “social” se experimente excluido y se potencien con exageración los elementos profanos que contiene, pero que al estar en relación y vínculo con lo sagrado guardan la adecuada proporción porque al fin de cuentas ambas cosas son realidades humanas, las que no pueden ser despreciadas.
2. ***Deterioro de la ritualidad.*** Es posible apreciar que el desarrollo de los ritos experimenta dos tipos posibles de cambios:
 - a. ***“Minimización”*** respecto al esquema tradicional. Se reduce buscando sólo realizar lo justo con tal de “cumplir”. Predomina un criterio legalista y no celebrativo.
 - b. ***“Transformismo”*** Se comienzan a realizar una serie de cambios que buscan generar expectación pero que se alejan de la tradición ritual. Muchos de estos cambios están dados por la falta de conocimiento de la ritualidad tradicional, improvisación y por imposición del poder.
 - c. ***“Impasibilidad”*** Se observa de los responsables de la realización de la totalidad de los ritos o de algunos de ellos una falta de pasión e involucramiento. Más que un “celebrante” resulta ser un administrador público desapasionado.

En estas situaciones puede apreciarse que el ritual se empobrece en razón de su modelo más original.

3. ***Desfiguración y racionalización de la simbólica.*** Los símbolos de la fiesta van perdiendo su sentido simbólico requiriéndose cada vez más una explicación racional que busca mantener el vínculo entre símbolo y comunidad. El lenguaje se deteriora en su sentido también simbólico para entrar en una lógica más matemática que poética.
Los nuevos símbolos comienzan a guardar menos relación con la tradicional simbólica de la fiesta. Además, comienza a surgir un número cada vez más creciente que tampoco logra vincularse en una meta-comprensión con los símbolos tradicionales.
4. ***Desorientación.*** La fiesta religiosa contiene para la misma comunidad un orden y un modo de prolongación en el tiempo a través de la tradición. Se comienza a experimentar principalmente a partir de los responsables de su organización una

“desazón” que no permite ver con claridad lo que antes era posible (el mismo sentido) Se continúa, pero con un sentido más de mantención y cumplimiento que de ruta festiva.

5. ***Pérdida del sentido fraterno.*** La fiesta religiosa posee un claro sentido de fraternidad. Las fiestas andinas han dado claro testimonio de esto. La masificación de la fiesta es un fenómeno que contribuye al deterioro de su forma más colectiva, pero la fortalece a nivel de grupos más pequeños: familias, cofradías, grupos de amigos, equipos de colaboradores, etc. El deterioro se comienza a vivir en estos ámbitos cuando los criterios de la fraternidad son sometidos a los criterios de eficiencia, económicos, de poder y jerarquía, de exclusión. Esto va haciendo que se rompa el sentido básico de “igualdad” entre todos los participantes respecto a una sola persona central: la sagrada.
6. ***Mutación.*** Introducción en la fiesta de cambios que van generando una alteración creciente en la consecución de la fiesta religiosa alterando la tradición. Los necesarios cambios de la misma tradición no son a modo de alteración, sino que lo son como formas de actualización, pero se generan en base al necesario consenso comunitario. Estos cambios son formas de mutación que contribuyen a alterar la forma de una dinámica tradicional sobre la que sostiene la fiesta religiosa, y que son sustanciales y no menores.

Los síntomas antes mencionados constituyen realidades que se van dando generalmente en el transcurso del tiempo, y no siempre existe la agudeza necesaria para percibirlos en sus primeros brotes.

A modo de conclusión

La conciencia del sentido resulta imprescindible para la mantención de una identidad nortina donde la vivencia religiosa es fundamental. Sólo en conciencia actualizada en su identidad se puede contribuir a conservar con un sentido nítido la fiesta religiosa; pues si ésta lo pierde también se perderá en un momento de la misma conciencia o identidad.

Lo religioso se vive en nuestras tierras latinoamericanas, en este Norte Grande y andino como una vivencia que implica la totalidad de la condición humana, estableciéndose distinciones pero no separaciones de estas diversas dimensiones, expresadas en el modo de ser y hacer de la misma fiesta. No es casualidad que desde antiguo fe, fiesta y feria se congreguen.

Las diversas realidades de la multiculturalidad y globalización afectan la vivencia religiosa, y por tanto es una realidad, que, aunque fuerte, requiere de cuidados. Y el mejor cuidado para esta experiencia es contribuir a conservar la nitidez del sentido de la fiesta religiosa. Una nitidez que debe estar en todos sus aspectos: desde los procesos de organización, montaje, desarrollo, culminación y desenlace.

El cuidado de la nitidez de la identidad religiosa de la fiesta no puede ser una manipulación de ella, sino la contribución a la mantención de la transparencia de su triple sentido. Sólo de esta forma continuará constituyéndose en el espacio comunitario y personal donde se amase y madure la vivencia que toca el alma; grabando a fuego en la memoria el verdadero valor del tiempo festivo para la propia identidad. La memoria de la comunidad necesita seguir siendo llevada a una fiesta con sentido para que guarde y le entregue en las horas de luz y de oscuridad la pasión, el amor y la vida que de allí guardó; y que le dan vida e identidad a la a la misma conciencia. Si la memoria no acude a una fiesta con sentidos podrá transmitir recuerdos, pero no intensidad de vida, de esa que logra entibiar la sangre. Sin una memoria en fiesta no hay una auténtica conciencia de quienes realmente somos.

Memoria que se encuentra en la fiesta con el sentido. Danza con él, se sientan a la misma mesa y beben el mismo trago de la esperanza. Un sentido que se construye a partir de nuestras vivencias, pero que a la vez no hubiera real vivencia si no existiera ya un sentido. Es el sentido el tesoro de nuestra identidad y es lo que debemos conservar, proteger, defender y transmitir para que continúe peregrinando nuestro pueblo con una memoria en fiesta y con identidad.

Para citar documento:

Equipo gestión (2016). "Nuestra memoria anda en fiesta: Celebrar con fe, memoria e identidad". Versión PDF. La Tirana. Museo de la Vivencia Religiosa del Norte Grande. Recuperado de <http://www.museovivenciareligiosa.cl>

Para contactos y comentarios:

www.museovivenciareligiosa.cl